

VELÁZQUEZ VELÁZQUEZ, RAQUEL (ED.):

UN DUELO DE LABORES Y ESPERANZAS. DON FRANCISCO GINER EN SU CENTENARIO (1839-1915).

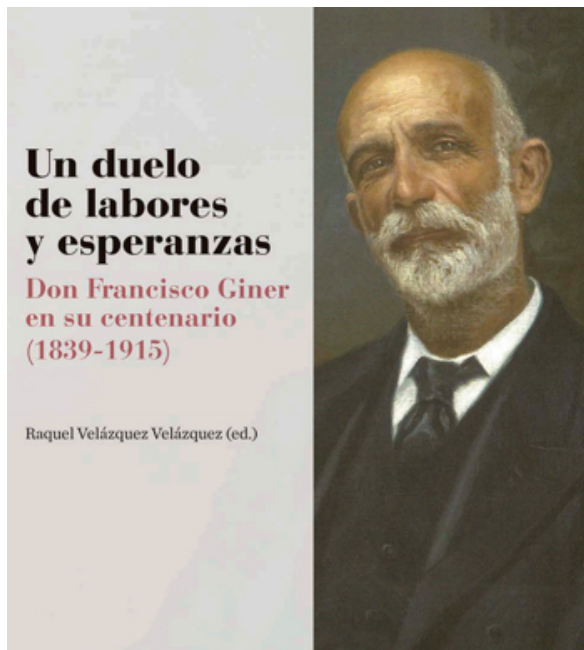
Barcelona: Edicions de la Universitat de Barcelona, 2016.

Seguir a Giner es seguir hacia adelante.

(José Ortega y Gasset)

Para que España vuelva a ser, es necesario que la Institución Libre de Enseñanza no sea.

(Fernando Martín-Sánchez Juliá)



En un breve relato titulado “Del rigor de la ciencia”, Borges imagina un mapa que mide lo mismo que el territorio que representa. A esta extensa reseña no le ha faltado mucho para parecerse a ese vano mapa. Valga este error de reseñista como prueba de la enjundia de este libro, exquisitamente editado por la profesora de la Universidad de Barcelona, Raquel Velázquez Velázquez, en el que abunda más el grano que la paja. Los once capítulos que componen *Un duelo de labores y esperanzas. Don Francisco Giner en su centenario (1839-1915)*, escritos por una amplia representación del excelente elenco de profesores de litera-



tura española moderna y contemporánea de la Universidad de Barcelona, constituyen una completa visión panorámica de ese “Sócrates español” que, en palabras de Miguel de Unamuno, fue Francisco Giner de los Ríos.

Al inicio de *Conversación en la catedral* (1969), Mario Vargas Llosa se preguntaba “¿En qué momento se jodió el Perú?”; retomó la pregunta, para ampliar su alcance, Fernando Iwasaki, quien se preguntó, en *rePublicanos* (2008), “¿En qué momento se jodió España?”. Para Iwasaki, el pecado original nacional se remonta a la persecución de los erasmistas en España, una persecución que se prolongará, con diferentes rostros y nombres, en la de los afrancesados en el siglo XVIII, la de los liberales en el XIX o la de los republicanos en el XX, tal y como estudia Manuel Ramírez Jiménez, en un libro titulado, con felicidad, *España en sus ocasiones perdidas* (2000). Con todo, la historia de Francisco Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza nos recuerda la capacidad de la humanidad, en general, y de la sociedad española, en particular, para generar, una y otra vez, nuevas *ocasiones*. Estamos, pues, ante un libro vivificador, que, en vez de sumirnos en el fatalismo histórico, nos recuerda, con Albert Camus, que uno debe imaginar feliz a Sísifo. Como diría Nietzsche, en *De la utilidad e inutilidad de la historia para la vida*, estamos ante un libro de historia útil para la vida, ya que la *Kultur*, o cultura erudita, no se ve como un fin en sí mismo, sino como un medio para la *Bildung*, o formación existencial.

En el primer capítulo, titulado “Giner y Galdós” (17-34), la profesora Marisa Sotelo estudia la influencia del krausismo en la novelística de Galdós, poniendo especial énfasis en los *Episodios nacionales*. En primer lugar, se evidencian las relaciones de Galdós con Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza. Ya en su etapa de estudiante de Derecho en la Universidad de Madrid, iniciada en 1862, Galdós quedará fascinado por las clases de Fernando de Castro, el profesor que lo pondría en contacto con el krausismo, cuya actividad docente calificó, en 1868, de “caritativo sacerdocio” (cit. en 18). En esos años también conoció y trató a Giner de los Ríos, con quien compartiría su interés por la música y el dibujo como actividades fundamentales de su ideario estético y pedagógico (18-19). Si bien, durante la redacción de *La Fontana de Oro*, en 1867, Galdós ya estaba familiarizado con las ideas literarias de Giner, su huella se hará plenamente evidente en “Observaciones sobre la novela contemporánea en España” (1870), un texto que llegará a ser considerado como el Manifiesto del realismo español (19-20). No es extraño, pues, que en las subsiguientes novelas, que Clarín dio en llamar “tendenciosas” o “ideológicas” (*Doña Perfecta*, *Gloria* o *La familia de León Roch*), se haga patente la huella de Giner de los Ríos, quien consideraba que “no es otra cosa la literatura que el primero y más firme camino para entender la historia realizada” (1919, cit. en 20). Encontramos también resabios krausistas en el profesor de filosofía Máximo Manso (22), protagonista de *El amigo Manso*, o en *La desheredada*, cuyo capítulo II, 2, titulado “Liquidación”, se nutre del ideario educativo gineriano, tanto en lo que respecta a su reivindicación de una vida austera, basada en la armonía entre espíritu y naturaleza, como en su modo de presentarlo, bajo la forma mayéutica de un encadenamiento de interrogaciones retóricas (23 y véase el capítulo VI, sobre la mayéutica

gineriana en Antonio Machado). A principios del siglo XX, Giner y Galdós coincidirán en la revista regeneracionista *Alma Española*, donde Galdós publicaría artículos como “Soñemos, alma, soñemos” (8-11-1903), en el que intenta mostrarse esperanzado en la capacidad de regeneración del pueblo español, que cifra, siguiendo la huella gineriana, en el trabajo metódico (24-25). Por su parte, Giner de los Ríos publicará en ese mismo medio artículos como “Mi pesimismo” (7-02-1904), donde, en sintonía con Galdós, considera que la regeneración debe comenzar en la reforma interior del hombre (25). Más importante es la influencia de Giner en los *Episodios nacionales* (26-30), una serie de novelas sobre el pasado histórico inmediato con las que Galdós se propuso realizar el diagnóstico de los conflictos actuales (28), y que le llevará a concluir que el tratamiento debe ser el esfuerzo y el idealismo, cotidiano y silencioso, de los hombres anónimos; una receta compuesta por los ingredientes fundamentales del ideal regeneracionista de Giner de los Ríos (29-30).

En el segundo capítulo, titulado “La ‘cuestión religiosa’ en Francisco Giner y Leopoldo Alas” (25-46), la profesora Blanca Ripoll se propone, en primer lugar, realizar “una presentación de intención pedagógica” de la relación entre Giner de los Ríos y su discípulo Leopoldo Alas, “Clarín”, basándose en los estudios de Yvan Lissorgues, Jean-François Botrel o Adolfo Sotelo; para centrarse, luego, en las coincidencias de sus concepciones religiosas. Basándose en el estudio fundacional de López Morillas, *El krausismo español: perfil de una aventura intelectual* (1956), la profesora Ripoll recuerda que algunos de los primeros krausistas, como Fernando de Castro, Gumersindo Azcárate o Francisco Giner de los Ríos, se habían desplazado, sin llegar a salirse del cristianismo, hacia la linde de la religión natural (36). Por su parte, Leopoldo Alas, “Clarín”, ya se había declarado, en su adolescencia, liberal y católico, y se había enfrentado al neocatolicismo, del que tan orgulloso se sentiría Menéndez Pelayo (cf. Marta Cristina, p 51), en el periódico satírico *Juan Ruiz*, donde afirmaría, en 1868, que no se contradicen el amor por la libertad y el hondo sentimiento religioso, postura con la que Giner de los Ríos se habría sentido totalmente identificado (36). Asimismo, el joven “Clarín” admirará a su confesor, el obispo Benito Sanz y Forés, que se encarnaría en el bondadoso personaje de Fortunato Camoirán, en la *Regenta* (1884-1885), no por su ortodoxia, sino, antes bien, por su sincera caridad cristiana, lo cual prueba su interés por un concepto que sería considerado por Giner de los Ríos como uno de los pilares para la necesaria regeneración moral de España (36-37). Poco después, en 1871, Clarín se verá deslumbrado por dos profesores krausistas de la Universidad Central de Madrid: Nicolás Salmerón y Francisco Giner (37). De la asignatura de Filosofía del Derecho, impartida por Giner de los Ríos, Clarín afirmará que no hay “nada más lejos del dogmatismo que el curso de Giner” (cit. en 37) y que en dichas clases, vale la pena citar por extenso, “sobre todo se enseñaba esto: que la filosofía no es cosa de broma; que sea lo que sea la verdad es preciso buscarla desde el principio, sin dejarse atrás nada y sin admitir irracionales imposiciones; que la ciencia es cosa para toda la vida; que no excluye el sentimiento, la religión, el arte, y es más, que se puede aprender filosofía sin libro de texto. Lo confieso, todo esto me enamoró.” (*El solfeo*, 10-09-1875, cit. en 38). No es extraño, pues, que Clarín exhiba, en su tesis doctoral la impronta de

Giner de los Ríos, quien no podrá dirigirla oficialmente, titulada *Determinación del concepto de Derecho y sus relaciones con la moral* (1878), que publicará ese mismo año bajo el título *El Derecho y la moralidad* y con dedicatoria a Francisco Giner de los Ríos (39). El pensamiento religioso de Clarín seguirá la misma evolución que su pensamiento intelectual, en el que Adolfo Sotelo distingue una primera etapa en la que recibe la influencia de algunas ideas krausistas, una segunda etapa en que se abre, sin descartar el influjo positivista, al “renacimiento del idealismo”, y una tercera etapa, claramente deudora del pensamiento krausista (39). En esta última etapa, que se iniciaría con la publicación de *Mezclilla* (1889), y que se caracterizó por la búsqueda de una espiritualidad más auténtica y el rechazo del catolicismo oficial español, Clarín hallará en Giner de los Ríos –“el último apóstol”, como él mismo lo llamará, en una carta de 1887 a Rafael Altamira- su interlocutor perfecto, tal como prueban algunas de las cartas que la profesora Ripoll analiza (40-42). Por su parte, Giner se mostrará entusiasmado por una novela como *Su único hijo* (1890), cuyo sesgo espiritual e idealista admirará; así como por *Un discurso* (1891), del que se publicará ese mismo año una versión abreviada en el *Boletín de la ILE*, donde se critica el utilitarismo reinante en la educación –de rabiosa actualidad- y defiende el idealismo, haciendo suyas muchas de las ideas de Giner de los Ríos (42-43). El influjo gineriano en la actitud religiosa de Clarín volverá a hacerse patente tanto en las conferencias que impartió, en 1897, en el Ateneo de Madrid, bajo el título “Teorías religiosas de la filosofía novísima”, como en su artículo “Kulturkampf” (en *Vida nueva*, 15-10-1899), en los que se ve una inflexión espiritualista de tono tolstoiano (43-44).

En el tercer capítulo del libro, titulado “Francisco Giner desde la mirada de Marcelino Menéndez Pelayo” (47-60), la profesora Marta Cristina empieza por evidenciar, a partir de la correspondencia de Menéndez Pelayo de los años 1881-1882, la expectación que causó en autores como Emilia Pardo Bazán o Juan Valera el modo en que éste trataría a los krausistas en el inminente tercer tomo de su *Historia de los heterodoxos españoles* (48). Lo cierto es que su enemistad con los krausistas había comenzado ya en 1876, fecha en la que se enfrentó al también krausista Gumersindo de Azcárate, por haber afirmado que la actividad científica en la España de los tres siglos anteriores había sido nula. Menéndez Pelayo responderá a estas “antipatrióticas afirmaciones” (cit. en 49), con un gran despliegue erudito que pretendía mostrar la existencia de una tradición científica nacional (48-49), que le llevará a afirmar que, si ha habido algún problema para la ciencia española, ha sido el dogmatismo y la intolerancia, no ya de la religión católica, sino de “las sectas filosóficas dominantes” y “los partidos políticos”, se entiende que liberales, que hallan ahora su resurrección en “los krausistas, de cuya tolerancia pueden decir muy buenas cosas los que alguna vez han asistido a sus aulas” (“Mr. Masson, redivivo”, *Revista Europea*, 30-7-1876, cit. en 50). Regresando al verano de 1882, fecha de publicación de la tercera parte de la *Historia de los heterodoxos españoles* –en cuyo *Discurso preliminar* se había afirmado que “el pensamiento capital de esta obra es que el genio español es eminentemente católico: la heterodoxia es entre nosotros accidente y ráfaga pasajera” (cit. en 52)-, Menéndez Pelayo reavivará sus soflamas

contra el krausismo. Cabe señalar que esta animadversión se remonta más allá de su polémica con Azcárate, a su decepcionante experiencia personal como alumno de Nicolás Salmerón en la Universidad de Madrid (53). Es interesante la inmisericorde presentación que Menéndez Pelayo realizará de Julián Sanz del Río, “nacido para el iluminismo misterioso y fanático”, quien comisionado por el gobierno para estudiar la filosofía y la literatura alemanas, se le ocurrió “cerrar los ojos a toda la prodigiosa variedad de la cultura alemana y, puesto a elegir errores, prescindir de la poética teosofía de Schelling y del portentoso edificio dialéctico de Hegel, e ir a prendarse del primer sofista oscuro, con cuyos discípulos le hizo tropezar su mala suerte.” (*Historia de los heterodoxos españoles*, cit. en 53-54) Especialmente interesante es la descripción que realizará del grupo krausista, tal y como lo conoció en sus días de estudiante universitario: “Los krausistas han sido más que una escuela, han sido una logia, una sociedad de socorros mutuos, una tribu, un círculo de *alumbrados*, una *fratría*, lo que la pragmática de D. Juan II llama *cofradía* y *Monipodio* (...) Se ayudaban y se protegían unos a otros; cuando mandaban, se repartían las cátedras como botín conquistado; todos hablaban igual, todos vestían igual, todos se parecían en su aspecto exterior, aunque no se pareciesen antes, porque el krausismo es algo que imprime carácter y modifica hasta las fisonomías, asimilándoles al perfil de D. Julián o de D. Nicolás. Todos eran tétricos, cejijuntos, sombríos; todos respondían por fórmulas hasta en las insulseces de la vida práctica y diaria; siempre en su papel; siempre *sabios*, siempre absortos en la *vista real* de lo absoluto.” (*Historia de los heterodoxos españoles*, cit. en 55) A continuación, la profesora Marta Cristina recupera algunas de las críticas de Menéndez Pelayo a la lengua oscura de los krausistas (55), a su inquietante vocación proselitista y demagógica (56) y a su “literatura de *introducciones, conceptos, planes y programas*”, con que han buscado infiltrarse “hasta en los primeros grados de la enseñanza”, consiguiendo así “atrofiar el entendimiento de una generación entera.” (cit. en 56) A continuación se presenta la defensa que Leopoldo Alas realizará de los krausistas frente a Menéndez Pelayo (57). Cabe decir que Menéndez Pelayo ni se arredrará ni se moderará en sus críticas, como prueba las descalificaciones que realizará, en su *Historia de las ideas estéticas en España* (1887), contra Krause, “pensador de tercero o cuarto orden”, y su influencia en España (58). Asimismo, en una carta dirigida a Juan Valera, en septiembre de 1886, llegará a afirmar: “Yo no los detesto por librepensadores (...) los detesto porque *no pensaron libremente*, y porque todos ellos y especialmente Giner, son unos pedagogos insufribles, nacidos para ser eternamente discípulos de un solo maestro y un solo libro. Quisiera yo saber qué idea propia tuvo en toda su vida Sanz del Río. Yo creo que en los krausistas no se puede alabar otra cosa que la honradez y la buena voluntad.” (cit. en 58)

En el cuarto capítulo, titulado “El krausismo y la Naturaleza trascendente: Francisco Giner de los Ríos y Miguel de Unamuno” (61-74), la profesora Alba Guimerá estudia la herencia gineriana en la obra de Unamuno. Haciendo buen uso de un estudio clásico, como es *Unamuno “agitador de espíritus” y Giner de los Ríos*, de Gómez Molleda, la profesora Guimerá nos recuerda que Unamuno fue discípulo de Francisco Giner, en la década de 1880, en la Universidad Central de Madrid, si bien

no parece haber sido tocado por su magisterio hasta la tardía fecha de 1895, cuando lo mencionará en sus primeros *Ensayos*, publicados en *La España Moderna* (61). Con todo, dicha relación se intensificará entre 1900 y 1914, en primer lugar, porque el desencanto que Unamuno sentirá respecto del socialismo político lo acercará al pensamiento regeneracionista de Giner de los Ríos; en segundo lugar, porque la “crisis religiosa del 97” alejará al escritor vasco del catolicismo, llevándolo a interesarse por la depurada espiritualidad krausista (62); y en tercer lugar porque su nombramiento como rector de la Universidad de Salamanca lo llevará a buscar inspiración en el ideario pedagógico krausista (62). Todo ello explica que, a partir de 1900, Unamuno y Giner de los Ríos empezasen a cartearse con asiduidad (62-63). A continuación, la profesora Guimerá se centra en la coincidencia de Unamuno con la convicción krausista de que el hombre precisa de la naturaleza para lograr un estado de plenitud, no en un sentido bucólico, sino más bien panteísta (63-64), ya que “el Dios krausista es el “Dios en todo”, el Alfa y el Omega, y en ese papel la Naturaleza no el templo es su casa” (66); razón por la cual “el paseo y la observación del paisaje les es a ambos una necesidad revitalizadora del espíritu” (65). A continuación se estudia la sensibilidad krausista de Miguel de Unamuno a través de su correspondencia con Giner de los Ríos (67-72), aduciendo el interesante poema autógrafa e inédito titulado “Al campo” (67-68), que es una oda a las virtudes balsámicas de la naturaleza como medio regeneracionista del espíritu enfermo; el ensayo “¡Adentro!” (1900), que adopta la forma de respuesta a una supuesta carta recibida por un remitente abúlico y desencantado, en la que se recomienda sumergirse en la naturaleza para regresar revitalizado a la sociedad (69); o “La Flecha”, el primer texto de *Paisajes* (1902), que entusiasmaría al mismo Giner de los Ríos, y en donde se siente la influencia de la actitud religiosa y contemplativa del krausismo (70). A este amor por la naturaleza se le añade, en Unamuno, la fe en el trabajo, que, en carta a Giner del 3 de noviembre de 1900, resumiría como “trabajar, trabajar, trabajar y trabajar” (cit. en 71). Unamuno verá en Giner de los Ríos un modelo de fe en el trabajo, como prueba la carta que le escribirá al poco de ser nombrado rector de la Universidad de Salamanca, donde, tras afirmar que está decidido a sembrar “sin mirar atrás, lo demás es de Dios” (cit. en 71) y a trabajar “sin cálculos egoístas”, afirmará: “Así lo hace usted, y por eso le queremos los que le queremos tanto” (cit. en 71).

En el quinto capítulo, titulado “Giner de los Ríos y Azorín” (75-84), la profesora Gemma Márquez nos recuerda que Giner de los Ríos no entendía por política “la labor concreta de los partidos o la confrontación de los distintos discursos ideológicos”, sino “lo que hace posible la vida de la *polis*, es decir, aquello que hace fructificar la vida en cada individuo y que lo pone en comunicación con los demás” (75). No debemos, pues, pensar que la decepción que causó en él los avatares de la Restauración hizo de él un apolítico, sino que lo llevó a desarrollar una concepción más profunda del ejercicio político; una concepción que influiría hondamente en la Generación del 98, en general, y en el pensamiento de Azorín, en particular, que es precisamente lo que este artículo se propone estudiar. Tal y como muestra la profesora Márquez, Azorín considera, en sintonía con Giner de los Ríos, que “lo político

ocurre en lo más pequeño” y que “la verdadera historia del país se reconoce en sus producciones estéticas” (76), tal y como puede comprobarse en sus estudios de *La Fuente de los Tritones en el Jardín de la Isla, de Aranjuez*, que él atribuía a Diego Velázquez, o de *El enano Gregorio el botero*, de Ignacio Zuloaga (77-78). Por otra parte, en la obra de Azorín aparece recurrentemente el concepto de “sensibilidad”, muy afín al concepto gineriano de “vida interior”, de Giner de los Ríos. Según Alfonso Reyes, con la defensa de este concepto, Azorín continuaba la “campaña de la sensibilidad”, que había emprendido dos siglos antes la Ilustración francesa, al considerar que la educación debía impregnar los aspectos más cotidianos. Giner de los Ríos representaría, para Azorín, esa capacidad civilizatoria de la sensibilidad ilustrada, tal y como se ve en artículos como “Maneras” (ABC, 29-11-1909), donde afirma que “la curva de la personalidad, que comienza en las maneras, irá extendiéndose, ampliándose, hasta manifestarse en la vida de los asuntos públicos” (cit. en 79), o “Las Casas” (ABC, 6-4-1913), donde afirma que la Institución Libre de Enseñanza “desde hace muchos años viene trabajando” para que “el ambiente general de un pueblo” derive en “las maneras simples, la palabra sobria, la veracidad, la sinceridad, la casa ordenada, el silencio —el maravilloso silencio del que hablaba Cervantes—, el traje sencillo y limpio, el libro que se imprime elegantemente.” (cit. en 79) Asimismo, en el artículo “Andanzas y Lecturas. Las obras de Giner” (*La prensa*, 13-03-1916), Azorín considera que el plan de la Institución entronca con la Ilustración española de Melchor Cano, Campomanes o Cadalso (80); de este modo, el krausismo no habría sido más que un detonante “para una forma de pensamiento propiamente española que tan solo esperaba ser renovada.” (81) Entroncando con su propia novelística, Azorín considerará que Giner y la Institución Libre de Enseñanza habrían superado esa carencia de *voluntad* que escritores como Larra, Galdós o Clarín habían percibido como mal endémico del trabajo intelectual español (81), pues frente al período decimonónico, caracterizado por la disgregación de los intelectuales independientes, la Institución habría logrado llevar el discurso liberal hasta las instituciones, con iniciativas como la Junta para la Ampliación de Estudios, el Centro de Estudios Históricos o la Residencia de Estudiantes (81). Otra influencia fundamental, según Azorín, de la Institución Libre de Enseñanza, es su esfuerzo por amansar el dogmatismo del debate político y social en España, buscando “hacer más fluido lo que tan abrupto y problemático ha sido en España: el cambio histórico.” (82) Resultan especialmente interesantes las consideraciones de Azorín al respecto, que nos permitimos citar por extenso, debido a su dramática vigencia: “ante lo viejo que va a desaparecer, que fatalmente ha de desaparecer, tengamos un poco de amor, de simpatía, de comprensión; una larga serie de antecesores nuestros ha vivido de esas ideas, de esos sentimientos. ¡Se han polarizado tantos anhelos, tantas alegrías, tantas angustias en torno de los ideales antiguos y decrépitos! Y en cuanto a lo nuevo, a la fe flamante y robusta que ahora tiene su aurora, ¡que no nos haga intolerantes! ¡Que ese ideal no ponga en nuestro espíritu una forma de desdén agresivo y violento todo lo que se opone a su triunfo!” (“Andanzas y lecturas. Las obras de Giner”, *La Prensa*, 13-03-1916).

En el sexto capítulo, “Francisco Giner y Antonio Machado” (85-102), la profesora -y editora de este volumen- Raquel Velázquez, recupera el famoso dictum unamuniano, en el que se define a Giner de los Ríos como “nuestro Sócrates español” (cit. en 85), con el objetivo de estudiar la influencia de la mayéutica gineriana en el *Juan de Mairena. Sentencias, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo* (1936), de Antonio Machado. En primer lugar, la profesora Velázquez recuerda las relaciones de Machado con la Institución Libre de Enseñanza, en cuyo seno estudiaría desde los ocho a los catorce años (1883-1889), época en la que tuvieron que influirle unos maestros que él mismo presentará, en una carta a Ortega y Gasset (9-7-1912), como “santos varones”. Más adelante, Machado asistirá a las clases de Giner en la Facultad de Derecho de Madrid; estudiará para profesor de francés por consejo del propio Giner y obtendrá en 1919 una pensión anual de la Junta para la Ampliación de Estudios (88). Por si esto no fuese suficiente, mantendrá una estrecha relación con Manuel Bartolomé Cossío, tal y como se evidencia en su artículo “Sobre pedagogía” (*El Porvenir Castellano*, 10-03-1913), que es glosa y defensa de una conferencia de Cossío en la que se afirmaba la necesidad de llevar a los mejores maestros a las escuelas de los pueblos; más adelante, el mismo Machado será vocal y misionero de las Misiones Pedagógicas, impulsadas por Cossío (88). También José Ángel Valente considerará, en “La naranja y el cosmos” (*Ínsula*, marzo de 1965), que “Machado y Mairena son, al menos en lo que a nuestras letras contemporáneas se refiere, la descendencia más directa que tuvo don Francisco Giner” (cit. en 89, véase al respecto el décimo capítulo de este libro, firmado por Virginia Trueba). La influencia gineriana también puede rastrearse en el amor de Machado por la Naturaleza, en su preocupación por la regeneración de España, y en su confianza en la formación del hombre mediante el método mayéutico como pilar de toda regeneración (89). Todo ello halla su cifra en el gran poema homenaje “A Don Francisco Giner de los Ríos” (1915). A continuación, la profesora Velázquez estudia la influencia de la mayéutica gineriana en el *Juan de Mairena*, de Machado, una obra que se presenta como un diálogo entre un maestro y sus discípulos, en el que el maestro, que nos recuerda más al Sócrates de Jenofonte que al de Platón, es presentado como “un filósofo amable, un poco poeta y un poco escéptico” (cit. en 87). El concepto de mayéutica se remonta a las fuentes platónicas, donde se afirma que Sócrates no posee una sabiduría propia, de modo que no puede engendrar ideas propias, sino solamente propiciar el alumbramiento de las ideas que el otro ya lleva dentro de sí (89). Dicha intuición, que Giner de los Ríos hará suya, a través de *La educación del hombre* (1826), de Fröbel, se expresará, en su convicción de que “para tratar con niños, es menester hacerse niño” (“Un peligro de toda enseñanza”, 1884, cit. en 92); convicción que Machado hará suya al afirmar, en su *Juan de Mairena*, que “es el niño quien, en parte, hace al maestro.” (cit. en 91-92) Por otra parte, Giner de los Ríos rechazará el formato de la clase magistral, para apostar por lo que él mismo llamará “método intuitivo”, de cuya raíz socrática se muestra consciente, por ejemplo, en su “Discurso inaugural del curso 1880-1881 de la Institución” (92). A continuación se invocan numerosos ejemplos que subrayan la herencia de la mayéutica gineriana en el *Juan de Mairena*, de Antonio Machado: una concepción de la enseñanza basada en el diálogo familiar e íntimo (92-93):

“Vosotros sabéis que yo no pretendo enseñaros nada, y que sólo me aplico a sacudir la inercia de vuestras almas, a arar el barbecho empedernido de vuestro pensamiento, a sembrar inquietudes, como se ha dicho razonablemente, y yo diría, mejor, a sembrar preocupaciones y prejuicios.” (cit. en 90) Otros aspectos de la huella gineriana serán la resistencia a distinguir entre instrucción y educación (93), la supresión de la tarima (94) o la cercanía y la insistencia en la predicación con el ejemplo (94-97). La educación, en general, y la mayéutica, en particular, tienen como fin último la educación ética, entendida como la formación de un carácter, personalidad o conducta. No es extraño, pues, que Giner rechace la Universidad, de la que los hombres salen “medio instruidos, pero no educados” (“Instrucción y educación”, 1879, cit. en 97), y desconfíe de las leyes y decretos, mientras no exista un mejor material humano: “hombres de razón y conciencia, dignos, honrados, inteligentes, laboriosos, firmes y varoniles, útiles a los demás y a sí mismos; que no bachilleres precoces, superficiales, retóricos, extraños a la realidad de la vida, individualidades sin personalidad, sin hábitos formales de trabajo, incapaces de valerse por sí, ni menos de cooperar a la redención de su patria.” (“Discurso inaugural 1881-1882”, cit. en 98) También Machado se mostrará preocupado por la renovación y regeneración del país, al imaginar a los alumnos de Juan de Mairena como “muy jóvenes, casi niños, apenas bachilleres” y aconsejarles, más que una doctrina política, una actitud moral: “debéis amar y respetar”, “sed modestos”, “huid de escenarios” (cit. en 99). Todo ello probaría, según la profesora Velázquez, que Antonio Machado fue uno de esos “hombres”, que Giner de los Ríos soñó con formar.

En el séptimo capítulo, “Aristócratas de la intemperie: Francisco Giner de los Ríos y Juan Ramón Jiménez” (103-112), la profesora Noemí Montetes-Mairal y Laburta estudia la influencia de Giner de los Ríos en el poeta de Moguer, quien durante años mantuvo una estrecha vinculación con la Residencia de estudiantes, de cuyas Ediciones se ocupará a partir de 1914, donde conocería a Zenobia Camprubí y en donde leería su famosa conferencia “Política poética”; poco antes del golpe del 18 de Julio (103-104). Más allá de las relaciones históricas, Juan Ramón Jiménez coincide con la pedagogía de Giner, tal y como se ve en “La creación pedagógica lírica”, donde afirma que aprendió, “en su acción de educar a los niños, parte de lo mejor de su poesía” (cit. en 104). No es extraño, pues, que *Platero y yo* (1914), libro que fascinaría a Giner, encarne valores institucionistas, al integrar ética y estética, apostar por el mismo ideal pedagógico y espiritual y exaltar la naturaleza y la búsqueda de una verdad al mismo tiempo íntima y universal (104). Por otra parte, es esencial en Juan Ramón Jiménez la intuición fundamental del krausismo, que sostiene la íntima conexión entre la belleza, el bien y la verdad, y la búsqueda de la divinidad por la vía del lenguaje lírico (106). Recordemos que para Krause, la poesía era la más completa de las disciplinas artísticas (105) y, para Giner, “la expresión más alta, el lenguaje más sublime del alma, la revelación de la verdad por medio de la voz armoniosa del genio” (cit. en 105). A continuación, la profesora Montetes-Mairal y Laburta distingue entre la búsqueda de la divinidad por la vía de la trascendencia, que se busca en el más allá, en el Él, y la búsqueda por la immanencia, que se busca en el aquí y ahora de la naturaleza y el yo (107). Ese sentido casi mís-

tico de comunión con la humanidad y la naturaleza se verá, por ejemplo, en *El trabajo gustoso*, de Juan Ramón Jiménez, donde son evidentes las raíces krausistas en lo que se refiere al sentido místico y panteísta del paisaje (107-108). Lo mismo sucede en *Éstetica y ética estética*, que nos remite al vínculo gineriano entre el bien, la verdad y la belleza (108). Finalmente, al desarrollar Juan Ramón su concepto de “aristocracia de la intemperie”, según el cual “el gobierno de los mejores” significa “el gobierno de aquellos que pueden prescindir de lo superfluo, de lo insustancial” (108), uno de los primeros ejemplos que le vendrán en mente será el de “Francisco Giner, el hombre más completo que he conocido en España, que traté tanto por bondad suya, y a quien se está olvidando tan de prisa por nuestras democracias (las aristocracias convencionales no lo estimaron nunca), fue un cumplido aristócrata.” (*Éstetica y ética estética*, cit. en 109).

En el octavo capítulo, titulado “Don Francisco Giner, maestro de maestras” (113-127), la profesora Ana Rodríguez Fisher estudia la huella del krausismo, en general, y de Giner de los Ríos, en particular, en cinco novelas que se ocupan fundamentalmente del problema de la educación en España, y que se caracterizan por ser protagonizadas por mujeres. En la primera novela estudiada, *El caballero de las botas azules* (1867), de Rosalía de Castro, resulta evidente el ideario regeneracionista que aspiraba a reformar y reconstruir la nación sobre una nueva base filosófica, con planteamientos próximos a los formulados por Julián Sanz del Río, en su “Introducción” al *Ideal de la humanidad para la vida* (1860) de Krause; poniendo especial atención en la formación que recibían en aquel entonces las mujeres, caracterizada por la sumisión, la dependencia y la represión. La segunda de estas obras, *Una mujer por los caminos de España* (1952), es un escrito autobiográfico de María Lejárraga, maestra autodidacta que estudió en la Asociación para la Enseñanza de la Mujer, donde tuvo como profesor a Giner de los Ríos, llegando a ejercer de maestra en la Escuela Modelo (1897-1907) y a fundar la Biblioteca Educativa (1899). En la obra estudiada, escrita ya en el exilio, se narra su etapa como propagandista republicana y socialista, a partir de la proclamación de la Segunda República, en 1931; y es una protestación de su inquebrantable vocación pedagógica, de aire gineriano: “Tengo, puedo afirmar, casi de nacimiento, vocación de propagandista, quiero decir que me gusta apasionadamente aprender y que en cuanto he logrado saber algo, no me deja vivir tranquila mi deseo de comunicar lo que sé a los que ignoran.” (cit. en 117) La tercera obra, *Barrio de maravillas* (1976), de Rosa Chacel, es una crónica novelada de la educación del artista adolescente, en la que el personaje de Manuel encarna la figura del Maestro intelectual, mientras que Laura, su hermana, ejerce de maestra en una escuela en el Barrio de maravillas de Madrid, hoy Malasaña (119). La cuarta obra, *Diario de una maestra* (1961), de Dolores Medio, la historia de una joven que se incorpora como maestra en un pueblecito asturiano, en el seno del proyecto educativo, cultural y político de la Segunda República. La novela desarrolla la idea gineriana de que la verdadera política hunde sus raíces en la educación: “Es en la escuela, precisamente, donde se elabora la auténtica democracia, y no con gritos histéricos en la prensa y en el Parlamento. Las democracias por decreto son tan ineficaces, tan absurdas, como las religiones

impuestas por Real Orden...” (cit. en 121) La quinta y última obra analizada, *Historia de una maestra* (1990), de Josefina Aldecoa relata la trayectoria vocacional y personal de Gabriela López, una joven que empieza como maestra rural en aldeas aisladas y que sufre la resistencia de mentalidades cerradas y miedosas. Nuevamente aparece el culto gineriano a “la austeridad, la mística del trabajo, la inagotable entrega” (cit. en 123), en tanto que vía de regeneración nacional: “Soñamos juntos embargados por una obsesión común: hacer del trabajo de todos la gran Misión que salvará a España del aislamiento y la ignorancia.” (cit. en 124)

En el noveno capítulo, “Francisco Giner de los Ríos y Américo Castro: un proyecto común” (127-138), el profesor Marcelino Jiménez estudia la influencia gineriana en cinco aspectos de la obra de Américo Castro: la idea de la vida como obra, la vocación docente, la reforma educativa, el giro ensayístico de Américo Castro y la cuestión religiosa. Tras hacer referencia a la correspondencia que mantuvieron Giner y Castro (127) y comparar sus talentos –Castro, más polémico y combativo, Giner más conciliador (128), el profesor Jiménez nos entera que Castro se quejó siempre de que no se hubiese escrito hubiese un buen libro sobre la Institución Libre de Enseñanza, así como de que él mismo no hubiese escrito lo suficiente sobre su maestro (128). Con todo, en este capítulo se citan y analizan varios escritos de Castro que versan sobre el krausismo: “El movimiento científico en la España actual” (1919), “Manuel B. Cossío fue él y fue un ambiente” (1935) o “Francisco Giner (1839-1915)” (1937) (129-131). Una vez probada la conexión entre Castro y el krausismo, el profesor Jiménez procede a estudiar los cinco tipos de coincidencias anunciadas. En primer lugar, tanto en Américo Castro como en Francisco Giner de los Ríos se insiste en la equiparación entre la vida y la obra. Castro dice admirar a Giner, porque para él lo esencial consiste “menos en hacer absorber cultura que en vivirla, en crear hábitos de conciencia, sentimientos de tolerancia, maneras refinadas en la conducta, en el habla y en la mesa.” (“Francisco Giner (1839-1915)”, 1937, cit. en 131). En segundo lugar, la docencia fue, para Américo Castro, una actividad fundamental. En los numerosos escritos que dedicó al tema, como *La enseñanza del español en España* (1922) o *Lengua, enseñanza y literatura* (1925), se nota la influencia gineriana. Véase, por ejemplo, la siguiente cita, de un texto de 1929, en la que defiende, al más puro estilo krausista, la vigente necesidad del “ideal erasmiano de hace más de cuatrocientos años, en cuanto a la discreción de las enseñanzas, a la relación entrañable de maestro y discípulos, a la alegría y sanidad que debe integrar la atmósfera en que la juventud se desarrolla” (“Pedagogía erasmiana”, 1929, cit. en 132). En tercer lugar, detrás de las ideas reformadoras del sistema educativo defendidas por Américo Castro se hallan los postulados de Giner y la Institución Libre de Enseñanza. Piénsese, por ejemplo, en la voluntad de Castro de suprimir “la tiranía de los exámenes” y en su defensa de la importancia de la formación del maestro (133). En cuarto lugar, el giro metodológico de Castro, que tuvo lugar tras la Guerra Civil, y que consistió en la sustitución del método histórico riguroso en favor de una escritura más ensayística y, tal y como diría Nietzsche en su primera intempestiva, más útil para la vida (128), está de algún modo conectado con el desengaño que Giner de los Ríos sintió respecto de la política española de la

década de 1870, que le llevaría a desesperar de la política y a empezar a confiar en otro tipo de acción, más larga y fecunda, como es la educación. En quinto lugar, Américo Castro también se vio influido por la actitud espiritual de Giner de los Ríos, al que le atribuirá un “modo original de sacerdocio laico” que le permitía “reunir en torno suyo a católicos y ateos, a ricos y a humildes, pues cierta concepción espiritualista de la vida, combinada con una exquisita sensibilidad, alejaron siempre de su ánimo el exclusivismo y la violencia.” (“El movimiento científico en la España actual”, 1919, cit. en 134)

En el décimo capítulo, titulado “Giner desde el (doble) pensamiento de la ausencia de José Ángel Valente” (139-150), la profesora Virginia Trueba expone la doble teoría de la ausencia desde la que Valente concibió su escritura, y que queda magistralmente sintetizada en la siguiente cita: “[Cuando estábamos en España] escribíamos para tener la impresión de que no estábamos irremediablemente atrapados, es decir, de que no estábamos completamente allí. Como después, cuando nos fuimos, tal vez seguíamos escribiendo para tener la impresión de que no estábamos irremediablemente perdidos, es decir, de que no habíamos dejado de estar completamente allí.” (“Fragmentos de una autobiografía europea”, 1989, cit. en 139) Según la profesora Trueba, esta teoría está en conexión con la vivencia que Valente tuvo de la herencia gineriana (139-140). Debemos tener en cuenta cómo el franquismo trató de desacreditar el legado de la Institución Libre de Enseñanza mediante la publicación de libros lamentables como el volumen colectivo *Una poderosa fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza* (1940) o *Los intelectuales y la tragedia española* (1937), de Enrique Suñer. Para hacerse una idea del tipo de argumentos que se barajaban en estas publicaciones, recordemos que, para Suñer, es necesaria la “extirpación a fondo de nuestros enemigos, de esos intelectuales, en primera línea, productores de la catástrofe”, que con su “infernical labor antipatriota que, por serlo, pretendía desarraigar del alma española la fe en Cristo y el amor a nuestras legítimas glorias nacionales.” (cit. en 141) Frente a este intento de erradicar la herencia institucionista, José Ángel Valente tratará de matizar la oficialidad católica en artículos como “Nuevos maestros” (*La Hora*, 8-3-1949), donde alude a esos intelectuales que invitan a “vivir auténticamente un orden cristiano de vida, actualmente desvirtuado y desvaído”, subrayando, con terminología gineriana, su “sereno laborar” y su ser hombres “de soluciones sólidas, no espíritus vagarosos” (cit. en 141). Valente también realizará, en artículos como “La universidad española: ocaso y restauración” (1965) y “La cuestión universitaria” (1967), paralelismos entre la *cuestión universitaria*, durante la cual, basándose en el concordato entre el Estado español y la Santa Sede (16-03-1851) y el *Syllabus* (1864), de Pío IX, se expedientó y expulsó de la universidad a los krausistas, a los que se consideraba antiespañoles por anticatólicos, y el estado de la universidad bajo el franquismo (142). La profesora Trueba también estudia la herencia de Giner en la labor práctica que Valente llevó a cabo, ya en el exilio, en el terreno social y educativo: “Yo creía más eficaz el proceso republicano de educación profunda, capaz de enseñar a los españoles a no matarse y a hablar bajo, que el profetismo de algunos políticos.” (cit. en 143) Trabajó en Ginebra con la emigración obrera española, a la que no sólo

buscó enseñar el francés, sino también conciencia de clase (143), si bien siempre desde una posición política cercana a un socialismo libertario y ateneísta, a caballo entre el marxismo y el anarquismo, al modo de Albert Camus (144). Otro rasgo de la herencia gineriana es la concepción dialógica de la educación, en particular, y de la existencia, en general. Valente admira a Antonio Machado, al que considera “creador de diálogo, nunca de elocuencia” (cit. en 145). A continuación se recuerda que esa transmisión de la herencia institucionista se dio a través de la presencia viva de sus protagonistas, más que de un corpus textual y teórico (145). Tal y como señaló el mismo Valente: su “legado máximo ha consistido más en hombres que en libros” (cit. en 145). Según Trueba, aunque Valente no mantuvo un contacto directo con Giner de los Ríos, sí conoció a uno de sus discípulos más importantes, Alberto Jiménez Fraud, con quien tuvo trato tanto en Oxford como en Ginebra (145) y al que describe con ese poder de persuasión dialógica tan característico de Giner de los Ríos: “Estuvo su secreto en la palabra, pero no solo en la palabra dicha, sino (...) en la palabra oída. Pues tuvo su palabra la virtud creadora de dar cauce a la nuestra, suscitarla o hacerla nacer, de reducirse de pronto a un activo silencio, a un vivo oír, grávidos de atención y confianza.” (cit. en 146) Según la profesora Trueba, en ese dialogismo se halla “el programa de toda la poética valenteana, esa palabra que sólo se da, no en tanto se impone (esa es la palabra del poder), sino en tanto se retira.” (146) En este sentido, poética y política no pueden separarse, porque la fidelidad al sentido propio de la palabra es un gesto de resistencia a toda ocupación de la palabra por parte del poder (146). Este artículo estudia otros escritos en los que Valente se ocupó de la herencia gineriana: “Antonio Machado, la Residencia y los Quinientos” (1960); “Tres retratos y un paisaje” (1965), sobre Manuel Bartolomé Cossío; o “La naranja y el cosmos” (1965), íntegramente dedicado a Giner (146-147). En 1975, Valente escribirá un artículo, “El fracaso de la Institución y el signo de la cantidad”, en el que no se ocupará tanto de los logros como del fracaso del proyecto gineriano, y en el que critica a la “burguesía ilustrada o liberal”, de “inteligencia venal” y “estupidez oleaginoso”, a la que hace responsable del fracaso tanto del proyecto gineriano como de la misma Transición (147).

En el undécimo y último capítulo, titulado “Francisco Giner de los Ríos y los intelectuales catalanes” (151-164), el profesor Adolfo Sotelo nos informa de las cambiantes relaciones que algunos intelectuales catalanes, como Josep Pla, Eugeni d’Ors, Joan Maragall, Valentí Fiol o Josep Soler i Miquel, mantuvieron con Giner y con el krausismo. Tras una breve mención a la ambigua posición de Josep Pla respecto del krausismo, el profesor Sotelo se ocupa del modo en que Eugeni d’Ors cambió su relación con la Institución Libre de Enseñanza (151), al mostrarse olvidado, en 1946, de la admiración que había mostrado por Giner de los Ríos en artículos como “Don Francisco” (*La Veu de Catalunya*, 10-I-1906) o en un artículo sobre el diálogo entre el *noucentisme* y los discípulos de Francisco Giner (*La Veu de Catalunya*, 4-IV-1914), donde llegó a considerarlos “la vanguardia d’una aristocràcia de la conducta” (cit. en 152). Ciertamente, fue importante la influencia del krausismo en el *noucentisme* catalán, tal y como subraya Eugeni d’Ors en este artículo y desarrollaron luego Eduard Valentí Fiol, en *El primer modernismo catalán y sus funda-*

mentos ideológicos (1973), y el mismo profesor Sotelo, en *Leopoldo Alas y el fin de siglo* (1988). Para comprender estas relaciones es especialmente importante tener en cuenta la figura de Josep Soler i Miquel, amigo personal de Joan Maragall, discípulo directo de Giner de los Ríos y embajador del krausismo en la Barcelona *modernista* (153). La figura de Soler i Miquel fue fundamental, como prueba que D'Ors le dedicase una de las primeras glosas de *La Vall de Josafat*, publicada en *La Veu de Catalunya*, 9-I-1918, dándole un lugar junto a otros artistas *glosados* como Fidias, Luciano, Lull, Cervantes o Clarín (153-154). Tras una breve semblanza biográfica de Soler i Miquel (154), el profesor Sotelo nos informa de que fue Joan Maragall quien editó y prologó sus escritos, en un libro titulado *Escritos de José Soler y Miquel* (1898). En el prólogo, Maragall afirmará que éste “fue discípulo predilecto de Giner de los Ríos, a quien él siempre veneró como a maestro, y que efectivamente dejó sello indeleble en su educación espiritual” (cit. en 154). La herencia gineriana en Soler i Miquel se hace patente en la preocupación por la educación, que se muestra en sus primeros artículos en la prensa Barcelonesa sobre la pedagogía universitaria (155-156); así como “en la querencia por la autenticidad y en su concepción de la obra literaria como intuición (no desprendida de la inteligencia) y visión” (156), como prueban los tres artículos que escribió sobre Maragall, los tres que le dedicó a Leopoldo Alas y el que le dedicó a Unamuno, donde se “leen y subrayan en las obras de estos autores reflexiones de Giner sobre los hechos vivos y los hombres nuevos” como “punto de partida para la regeneración de la vida peninsular.” (156) A continuación, el profesor Sotelo estudia las relaciones entre Giner y Josep Pijoan (1879-1963), quien, desencantado con el antiespañolismo del catalanismo (158), inició, en 1905, a instancias de Joan Maragall, un proceso de acercamiento al mundo cultural de Madrid, en general, y al de la Institución Libre de Enseñanza, en particular (158). Son especialmente interesantes las reflexiones que Pijoan y Maragall intercambiaron sobre la Institución Libre de Enseñanza, que en un principio pareció decepcionar a Pijoan (159), si bien en su libro *Mi don Francisco Giner (1906-1910)*, de 1927, se presenta bastante más convencido (160). Finalmente, el profesor Sotelo nos informa de las afinidades y divergencias existentes entre Giner y Maragall, haciendo referencia a los trabajos de Valentí Fiol (*El primer modernismo catalán y sus fundamentos ideológicos*, 1973), y Cacho Viu (*El nacionalismo catalán como factor de modernización*, 1998). Lo cierto es que, a pesar de las diferencias, Joan Maragall mantuvo conversaciones fecundas con Giner, cuyo contenido parece traslucirse en dos artículos titulados: “El maestro y el padre” (9-I-1906) y “La levadura” (16-I-1906), publicados ambos en *El diario de Barcelona*. En el segundo, Maragall le pide a Giner que sea el adalid de la regeneración española: “vos, maestro sin nombre, poned la levadura.” (cit. en 161) Por su parte, Giner intentó que Maragall fuese vocal de la Junta para la Ampliación de Estudios, si bien las gestiones de Pijoan no dieron fruto (162), y nunca olvidó las enseñanzas que recibió durante su año de estudios de Derecho en la Universidad de Barcelona, donde fue discípulo predilecto del filósofo catalán Xavier Llorens i Barba, del que siempre se reclamaría deudor, hasta el punto de afirmar, según Josep Pijoan, que se sentía hijo de Cataluña, ya sólo por lo todo lo que le debía a las enseñanzas de Llorens (cit. en 163).

Nos hallamos, pues, ante un libro bien editado, bien documentado y muy bien escrito, que con profundidad, claridad y emoción vuelve a hacernos presente a uno de los más dignos avatares de ese ave fénix que es el librepensamiento español: Francisco Giner de los Ríos.

BERNAT CASTANY PRADO

Universidad de Barcelona